

## PRIMER DISEÑO PARA UN RETRATO DE JOSE EUSEBIO CARO

Escribe: EDUARDO CARRANZA

El esclarecido linaje de los Caros se halla tan entrañablemente vinculado a la historia de nuestra Patria, que bien puede decirse que la crónica de esa familia se confunde, a trechos, con la historia de Colombia. Así como se ha hablado de la función representativa de algunas individualidades heroicas en el destino de los pueblos, puede hablarse también del influjo decisivo que sobre aquel ejercen algunas familias de poderosa vocación dominadora. Tal el caso de los Caros en Colombia.

Nace José Eusebio Caro en Ocaña de Colombia el año de 1817, cuando tocaba ya a su fin la gesta libertadora. Llega a la mayor edad en el momento en que, entre las convulsiones de nuestro patético y lluvioso siglo XIX americano, se organizan las nuevas repúblicas, ya desaparecido el genio tutelar de Bolívar. Niño todavía, pierde a su padre en circunstancias dramáticas. Vive una estudiosa adolescencia en la monástica ciudad de Santa Fe de Bogotá. Doctos varones le comunican el gusto por las disciplinas clásicas y el amor inteligente a los grandes modelos grecolatinos. Pero al mismo tiempo el huracán romántico había traspuesto los Pirineos y, saltando sobre el mar, volaba por el aire propicio de la América recién liberada. Está dotado Caro de una inextinguible y ávida curiosidad intelectual. Lee a los románticos ingleses y franceses, particularmente a los primeros. Ya en edad muy juvenil escribe sus primeros poemas, apasionados, turbadores, meditabundos, extrañamente modelados, sorprendentes en el ambiente seudoclásico que le rodea. A los veinte años es un poeta hecho, en la plenitud de sus dones, recursos y designios. Y ya desde los veinte años el amor y la política le enardecen y le alzan como dos alas. Su vida se vio llena de contradicciones. Padeció incluso destierros políticos y campañas militares. Tiene su existencia una orla fascinadora de amor y de aventura.

La muerte sorprendió a José Eusebio Caro en las playas de Santa Marta, cuando regresaba para reincorporarse a su hogar tan amado, a la vida literaria y a las luchas civiles de la Nueva Granada. Una fulminante fiebre epidémica le abatió en pocos días. Murió el 28 de enero del año 1853, a los treinta y seis años de edad. Su cuerpo fue sepultado en un cementerio rústico cercano al mar Atlántico. Al poco tiempo una tempestad invadió y arrastró el cementerio marino. Los despojos de Caro

desaparecieron para siempre. Se cumplía su vaticinio escrito en la última estrofa, sobrecogedora, de aquel solemne y hermosísimo poema que se llama "En Altamar":

*"Oh! morir en el mar! morir terrible y solemne  
digno del hombre! Por tumba el abismo, el cielo por palio!  
¡Nadie que sepa donde nuestro cadáver se halla!  
que eche encima el mar sus olas y el tiempo sus años!"*

Confluían en José Eusebio Caro, logrando una bella y difícil unidad humana una mente filosófica, un espléndido conductor político y un gran poeta ("lírico genial" le llamó Menéndez y Pelayo). Nos ocupamos exclusivamente del poeta. Cuatro vetas brillan en su obra. Hay en Caro un poeta civil que esgrime la poesía en defensa de su credo político. Hay un poeta nacional que, en la patria o en el destierro, supo cantar bellamente y reducir a versos emocionados, nostálgicos, fragantes, nuestra tierra colombiana. En algunos de estos poemas se respira el aire de nuestra Patria, se respira el aire tierno, dorado, florido, del huerto de la infancia con su olor de azahar:

*"En un vaso un tierno ramo  
llevo de naranjo en flor:  
¡El perfume de la Patria  
aún respiro en su botón!  
¡El mi huesa con su sombra  
cubrirá; y entonces yo  
dormiré mi último sueño  
de sus hojas al rumor!  
¡Adiós, adiós, Patria mía!"*

Hay una tercera veta en la poesía de Caro: es la del gran lírico amoroso. Pero en él, como en todos los grandes líricos del amor en nuestra lengua, se expresan, estrechamente enlazados el afán del corazón y el sentimiento de lo percedero. La cuerda del llanto de las elegías acompaña el son de sus canciones amorosas. Y la sensación de nuestros límites —el tiempo y el espacio— pone una humedad de lágrimas y un dejo suspirante en sus poemas:

*¡Recuerdo dulce y triste  
del tiempo que ha volado!  
¡del tiempo fortunado  
que nunca volverá!  
despreciar lo que existe,  
tal es la ley del hado;  
¡y llorar lo pasado  
y ansiar lo que será!"*

Escribe Caro, al lado de sus grandes odas, entonadas en alta voz, tiernas canciones de acento confidencial y con ellas inicia y anuncia el mejor romanticismo: el romanticismo selecto, asordinado, en tono menor, a lo Bécquer, a lo José Asunción Silva. Así en la melodía tierna y entrecortada de "Estar contigo":

*No te hablaré de grandes cosas;  
quiero más bien verte y callar,  
no contar las horas odiosas  
y reír oyéndote hablar.  
...tratarte como a un viejo amigo  
que en nuestra infancia nos amó;  
volver a mi vida pasada,  
olvidar todo cuanto sé,  
extasiarme en una nada  
y llorar sin saber por qué...*

Hay también en Caro un hondo elegíaco. Escribe algunas graves lamentaciones, como aquellas, muy juveniles, a la memoria de su padre, que cierra este verso magistral: "Y espera en ti mi amor, que en nada espera". Pero casi toda su poesía es de carácter elegíaco. Al enamorado, al desterrado, le duelen la ausencia y la lejanía. Le duele a Caro la herida de infinito. Pero esta congoja metafísica no se resuelve en desesperación. Se torna cristiana conformidad y ansia de inmortalidad. Hay una estrofa suya en la que parece resonar el último eco de la lira de Manrique:

*Mientras tenemos, despreciamos;  
sentimos después de perder,  
y entonces aquel bien lloramos  
que se fue para no volver.*

Se ha hablado de la poesía filosófica de Caro. La verdad es que nuestro poeta jamás intenta (salvo en alguna composición de carácter político y polémico) exponer ideas o defender un sistema dado. Ocurre solo que allí, como en la obra de todo lírico verdadero, corre el pensamiento cual una secreta y generosa circulación.

Otras muy varias reflexiones suscita la obra de Caro (obra breve y juvenil como que fue casi toda ella escrita entre los veinte y los treinta años del poeta, de 1835 a 1843), tan esencial y medular. Cabría extenderse, por ejemplo, sobre sus anticipaciones a Bécquer; a Darío, al modernismo general y aun al simbolismo; cabría disertar acerca de la variedad y riqueza de su métrica, sobre las combinaciones estróficas y los ritmos que ensayó o restauró.

El romanticismo significó, generalmente, desorden y furia expresiva, incontinencia verbal, elocuencia, música facilona e impudor cordial. Caro hace, en este aspecto, una de las contadas excepciones. En él se alían el fuego romántico y la clásica contención. Caro sabe gobernar sus fuegos; es un romántico clásico y con ello se integra a una constante tradicional de la poesía colombiana.

Aún ahora, desaparecidos nuestros grandes humanistas del 900, sigue latiendo su influjo en la cultura colombiana, y la poderosa emanación de su recuerdo y de sus obras configura y determina todavía, en cierto sentido, el carácter de nuestra actividad espiritual dotándola de una signatura clásica y de ímpetu hacia la jerarquía, hacia el orden, hacia el equilibrio, hacia la música de las estrellas.

Nuestra Grecia y nuestra Roma nos llegan al través de España y repensadas en lengua de Castilla. A la cristiana y a la castellana. Han pasado antes por el huerto horaciano de Fray Luis de León, por la secreta escala de San Juan de la Cruz y por la piedra normativa de El Escorial. Y ese humanismo colombiano, americano, hispanoamericano, se funda, como el humanismo español sobre la unidad teológica definida por Laínez, sobre la unidad del hombre defendida por Victoria a la que corresponde la unidad geográfica realizada por Elcano, pues desde la cima de una montaña colombiana ojos cristianos y occidentales vieron por vez primera la patética vastedad del Océano Pacífico. Sírvanos la memoria egregia de Caro para reafirmar nuestra fe en el humanismo hispanoamericano.

José Eusebio Caro es el gran poeta inicial de nuestra Patria. Sobre su obra reposa la poesía colombiana. La tradición que inicia Caro se prolongará luego dignamente en Pombo, en Fallón, en Núñez, en Silva, en Casas, en Valencia, en Barba Jacob, en Castillo, en Rivera. Tradición de cabeza clásica y dorada.

